



Cipriano Gutiérrez Pardo

CUENTOS HISTÓRICOS

SANTA MARTA DE ASTORGA

PRELUDIO

La ciudad de estas historias se aúpa en una colina que emproa a la confluencia de dos humildes ríos, tan humildes que uno de ellos se conformaría con el nombre de riachuelo. Esto indica el diminutivo «ica», que sufiija su radical ibérico, *Ser o Sar*: agua que corre, río. *Serica* derivó en «Jerga». Posiblemente este río tenía más vida cuando los romanos decidieron desembuchar en él el detritus de la ciudad, perfectamente equipada de cloacas en servicio útil hasta nuestros días. El otro río, más caudaloso, también conserva su radical ibérico en el hidrónimo del nombre: «Tuerto». Ambos ríos riegan y pintan de verde los dos valles que bordean la ciudad. Hacia el oeste el panorama se cierra con los montes que tienen su mayor cota en la cumbre del Teleno, mítico en su nombre originario de *Tilenus*, venerable y ancestral cuando las nieves coronan su cima. Si giramos hacia el norte aparecen otras cumbres cimeras que rodean el límite astur. Al este quedan los altozanos resecos previos a la feraz ribera del Órbigo. Y hacia el sur la mirada adivina planicies castellanas con trigales y viñedos generosos.

Nos quedamos en la ciudad por largo tiempo. Todo el tiempo de su historia conocida. No toda su historia, sino algún retazo de la misma. Queremos seguir los pasos que por estas calles trazaron alguno de sus personajes. Salvar las dificultades de la reconstrucción con la ayuda de los textos indagados, con los recursos literarios e imaginativos que encontremos al paso, con el resorte de la adivinación que nos aportará alguna piedra reencontrada, algún sonido reconocido, o alguna escena ensoñada. En este intento por adivinar el alma de la ciudad o el ángel que ha portado su sello, tal vez rescatemos del olvido alguna gesta gloriosa o algún humilde detalle de sus habitantes.

Como sonido emblemático de esta añosa ciudad - tiene muchos más, por supuesto - escuchamos el graznido de los grajos que la han poblado desde que fue castro astur. Siglos más tarde estos grajos han formalizado su cuartel general en la torre vieja de la catedral diocesana, torre sin

campanas, y mocha en años precedentes. Trasmontado el sol, salen de ella millares de *choyas* en forma de negra nube corrediza sobre la ciudad, en busca de los álamos del río Tuerto. Su griterío se apaga en la lejanía y la torre duerme su silencio de grajos y campanas al acampar la noche en la ciudad. Esta historia repetida nos recuerda el paso del tiempo, que siempre tiene algo igual y algo distinto, como decía Heráclito de los ríos. Y el monótono graznido de algún grajo rezagado nos transportará también a un momento determinado de estas «historias» que intentamos remedar. Los personajes elegidos oyeron estos mismos graznidos agoreros entre sus calles seculares.

Son las primeras horas de la tarde y en el Jardín de la ciudad, donde siglos atrás se ubicó la Sinagoga del barrio judío, escuchamos sonidos purificados por el silencio circundante. Canta, más allá del río Jerga, la campana transparente del convento de Santa Clara que avisa al rezo de horas diurnales. Canta el pájaro anidado en la cima del pino gigantesco, cercano al templete de la música. Nadie más en el Jardín a esta hora de siesta otoñal. Si seguimos por el paseo amurallado hacia el norte, podemos evadir nuestra mirada hacia las gibas del Teleno a nuestra izquierda, siempre atrayente e interrogante. Al final del paseo optamos por girar a la derecha y seguir por la calle Portería, para llegar, ya en la plaza de la catedral, al rincón de Santa Marta, donde comienzan nuestras «historias ciudadanas».

SANTA MARTA DE ASTORGA

Cuando el sol ha transmontado la sierra del Teleno, los enigmáticos y oscuros pájaros, que ocupan la torre vieja, surgen una vez más en explosión repentina desde su torre silenciosa hasta la ribera del Tuerto. Siguen su costumbre secular, pero uno de ellos, rezagado de su bandada, después de trazar una órbita descendente, vino a posarse sobre la pétreo cabeza de la imagen de Santa Marta, cobijada en el nicho que corona la puerta principal de su iglesia parroquial. En la otra puerta, que se abre al atrio de la catedral, también aparece la figura de la santa en el bajorre-



Escultura de Santa Marta, en el interior de la iglesia parroquial de su nombre, al lado de la catedral

lieve de una de sus hojas enseñando el catecismo a dos niños de su familia. La otra hoja de la puerta muestra un soldado romano que blande la espada martirial en su diestra. Volvemos a la pétrea imagen de la fachada principal, vestida de romana y peinada con ampulosos bucles de época imperial. El tiempo le ha tronchado las manos que sostenían la palma del martirio. Nos dejamos transportar por los sonidos y las dos notas escalonadas del grajo posado sobre su cabeza bien pueden hacer de muelle para saltar a la época en que esta imagen de piedra lo era de carne y hueso, con finos oídos para escuchar este mismo graznido de grajos alertando las calles de su ciudad, regida entonces por gobernadores romanos. En ella se dice que había nacido también el que fue gobernador de la Palestina, Poncio Pilatos. Aquí vive ella ahora los breves e intensos años previos a su martirio.

La ciudad ha sido levantada sobre el esquema del primitivo campamento romano, cuyo cuadrilátero estaba determinado por fosos, y más tarde por murallas, que encuadran una superficie llana, pero con una ligera inclinación, para asegurar un buen drenaje de las aguas residuales hacia el río más próximo. Las dos calles principales son las del primitivo campamento, el *cardo* y el *decumanus* en dirección Nordeste y Suroeste. En el punto en que se cruzan se ha dejado un espacio abierto, el *forum*, donde se

reúnen los soldados diariamente para recibir órdenes. Construida la ciudad, el foro es el centro neurálgico de la vida política, comercial y religiosa, y allá miran los edificios destinados a la curia y los templos de sus dioses greco-romanos, alguno con la impronta constructiva de la *Maison-Carrée* de Nimes. Colindante al foro bulle el mercado de la ciudad, donde se compran los productos de las huertas que la rodean y se acuerdan también otras transacciones comerciales.

El ajedrezado de sus calles, arranca del *cardo* y el *decumanus*, que desembocan en las cuatro puertas de la *civitas*. Todo el trazado se puede abarcar de un vistazo en la piedra de mármol expuesta en el foro, donde está incisa la planta de la ciudad. En la parte inferior de la piedra leemos su nombre y la fecha de su fundación:

ASTURICA AUGUSTA
DCCXXVIII

A vista de pájaro, es decir, de las bandadas de grajos que la sobrevuelan, se puede abarcar también esta visión de la ciudad como en un plano, y adivinar el sólido sistema de su alcantarillado sumergido y perfectamente inclinado para su desagüe. Lo que mejor se ve son las huertas diseminadas geométricamente alrededor de la ciudad, que abastecerán de frutas y verduras el mercado ciudadano, regadas por canales y moldeas con puentes romanos sobre los mismos. Y saliendo de sus cuatro puertas las vías o calzadas, que llegan hasta *Emerita Augusta* por el sur, a *Lucus Augusti* por el noroeste, y al mar Cantábrico por el norte en prolongación de la «Vía de la Plata» desde Mérida; hacia el este parte la calzada que pasa por *Caesaraugusta* y llega hasta Burdeos. Calzadas que comunican con las que llegan a Braga por el oeste y a Clunia, Tarragona y Roma en último término, hacia el sol naciente.

Caminamos ahora por estas calles enlosadas de *Asturica*, donde reconocemos a la joven Marta, aquí nacida, por su parecido con la imagen que presidirá la entrada a su templo, y que en este momento histórico era su *domus familiaris*. Marta conoce bien la ciudad que se empezó a construir hacia el año 728 después de la fundación de Roma y que ya está consolidada en sus calles y edificios con la magnificencia propia de un *conventum iuridicum* y el rango de *colonia* del Imperio romano, capaz de asombrar al mismo Plinio, que la calificó de *Urbs magnifica*. Marta transita por calles familiares, bien trazadas alrededor del foro central. En los bajos de las *domus* o de las *insulae* de varios pisos alternan tiendas o talleres, que ofrecen diversos productos a los que transitan por las aceras, separadas por un grueso bordillo de la calzada central, por donde transcurren los carros de caballos y las carretas de carga. Marta ha salido a veces por las puertas que abren las murallas, almenadas y vigiladas por soldados, cuando ha ido



Imagen de Santa Marta, cobijada en el nicho que corona la puerta principal de su iglesia parroquial

de viaje por alguna de esas cinco vías importantes. *Intra muros* ha paseado muchas veces por el *pomerium* adyacente a la muralla, donde exhiben sus *villae* los nobles senadores y patricios, construidas con el esplendor que les permiten sus *emolumenta* por méritos de guerra o por negocios relacionados con la extracción del oro en las Médulas bercianas.

Marta hace hoy sus compras en el mercado público, adyacente al foro. La construcción de éste con sus grandes edificios civiles y religiosos duró centurias, pero el mercado central de la ciudad comenzó a funcionar a los pocos años de estar constituida, ya que su principal fuente de ingresos era el comercio. Los campesinos y mercaderes sitúan en él sus puestos entoldados al aire libre, en medio de esta plaza limitada por edificios de dos plantas similares a los del foro. En el centro de la plaza gorgotea una fuente pública al lado de un altar dedicado a la diosa Ceres. Esta multiplicación de templos y estatuas de dioses manifiesta el carácter religioso del romano, que acepta también la incorporación de otros dioses a su propio Olimpo. Hay nombres entre sus conciudadanos que recuerdan el de alguno de estos dioses, como es el caso de Marta. Pues ni por su nombre, ni por el vestir o estilo de vida ciudadana se distinguía Marta externamente de sus paisanos. Como decía Diogneto, los cristianos cumplen las leyes de la ciu-

dad y contribuyen a su progreso y al bienestar de todos, pero tienen algo distinto, son el alma de la ciudad por su fe y pureza de vida admirable. Al hacer sus compras habituales, vestida con su peplo y estola, tocada con peinado romano de época imperial y adornada de sencillas *inaures* y *fibulae*, está acompañada de su fiel sirvienta Liberta, que lleva en sus cestos la compra del mercado: hortalizas y frutas, aceite y especias, queso y pescado de los ríos cercanos. También adquieren telas y cuero, agujas e hilo para sus vestidos y calzado. No había nada de extraordinario en su paso por los puestos del mercado. Los cristianos viven visiblemente en la ciudad, pero su religión es invisible. Están dispuestos a hacer el bien a todos, pero son castigados como malhechores; y al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Hechas sus compras, regresan a su *domus familiaris*, al final del *cardo* suroeste, con más presura e inquietud que de ordinario. Han visto que soldados de la policía militar han seguido sus pasos. Marta sospecha que su actitud resulta peligrosa, pues los soldados han observado que no se ha detenido devotamente ante los templos o estatuas de dioses. Además, entre los soldados ella ha descubierto al hijo del procónsul que gobierna la ciudad, con quien se ha disculpado días atrás en su proposición de matrimonio, pues ya estaba comprometida con su Señor Jesucristo.

Tras franquear la puerta de su casa, atraviesan el atrio bordeando el *impluvium* central. Marta encarga a Liberta que deje las compras en la cocina y en otra habitación de la entrada, mientras que ella se recoge en la habitación de la derecha previa al *peristylum* del fondo. En este salón-biblioteca se reúne la pequeña comunidad cristiana para celebrar cada domingo la Palabra de Dios y la fracción del pan. Marta se arrodilla ante la Eucaristía reservada en el *columbarium*, para ser distribuida a los enfermos. Es consciente de su próximo final, pues se ha extremado la persecución a los cristianos, y recita en sentida oración estas palabras del Cantar de los cantares, su última oración en libertad.

« Como azucena entre espinas es mi amada entre las muchachas...

- Como manzano entre árboles silvestres es mi amado entre los jóvenes.

Me llevó a su bodega, desplegando sobre mí la bandera de amor.

- Levántate, amada mía, preciosa mía, ven. Que ya ha pasado el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Las flores aparecen en el campo, ha llegado el tiempo de la poda y se oye el arrullo de la tórtola.

- Mi amado es para mí, y yo para él, que pastorea entre azucenas... Grábame como sello en tu corazón, como sello en tu brazo, porque el amor es más fuerte que la muerte, la pasión más implacable que el abismo. Sus



Figura de Santa Marta enseñando el catecismo a dos niños de su familia, en la puerta de la iglesia que se abre al atrio de la catedral

llamas son flechas de fuego, llamarada divina. Los océanos no podrían apagar el amor, ni los ríos anegarlo».

El ángel blanco de Marta presentó ante Dios esta oración como ofrenda olorosa en la tarde de su vida. El nombre de Marta quedó grabado en el corazón de Cristo y su ofrenda fue aceptada.

No lejos de allí, en el palacio del procónsul romano Paterno, otro ángel negro fomentaba este malévolos diálogo entre el gobernante de la ciudad y su hijo:

- «No puedo entender cómo esa joven de que me hablas no acceda a tu proposición de matrimonio, cuando llegaría a ser la mujer más importante de la ciudad».

- «Dice que ya se ha desposado con su Señor Jesucristo. Figúrate, con alguien que vivió hace tres siglos en Palestina y que murió ajusticiado en una cruz, por orden del procurador Poncio Pilato, que, por cierto, había nacido en Asturica».

- «Pues si es cristiana, sea condenada a muerte, como indican nuestras leyes, por negarse a ofrecer sacrificios de adoración al emperador».

Un soldado de oficio blandió su espada sobre el cuello virginal de la joven, y la sangre purísima enrojeció su níveo pepló y regó el suelo de la ciudad, vergel florecido después en fruto de obispos santos y de santos desconocidos.

El cadáver de la mártir local fue arrojado a un estercolero de la ciudad, con la precipitación de quien quería ocultarlo a los ojos del pueblo sencillo, que siempre sabe la verdad de la historia, por mucho que ésta se quiera ocultar.

De aquella escombrera inmundada brotaron apretadas rosas rojas, cuyo perfume inundó la ciudad entera, como una niebla rodante entre sus calles y plazas. La cristiana matrona Eulalia, cerciorada del encarcelamiento de Marta por su familia, siguió este rastro perfumado que la llevó fuera de las murallas, hasta el lugar donde se hallaba su cuerpo martirizado, como el de su Señor Jesús crucificado.

La piadosa matrona, ayudada por sus sirvientes, recogió el cuerpo de la mártir, con la misma veneración con que los santos varones de Jerusalén recogieron el cuerpo desclavado de Jesús Nazareno, y amparada por el sigilo de la noche, bajo el canto de luz silenciosa de todas las estrellas, llegó a su casa familiar, donde lo entregó a sus padres para darle la debida sepultura, sobre cuya losa se podía leer esta inscripción:

*Virgine Marta, Asturicae nata,
quae sanguine testificavit
fidelitatem Christo,
semper gloriemur.*

Esa *domus familiaris* donde fue enterrada se ubicaba en lo que hoy es el templo a ella dedicado. Aquí cada año se celebra su fiesta patronal, en la que algunos fieles devotos, después de la homilía sobre su vida -cuyo predicador enfervorizado acaba diciendo que por las venas de los astorganos corre una gotita de su sangre- algunos perciben aquel «buen olor de Cristo», aquel olor suprasensible que llevó a los cristianos del siglo III a encontrar su cuerpo martirizado. Y alguno ve también, a la salida de la Misa, trasmutado en blanco, el grajo que se había posado sobre la pétrea cabeza de Santa Marta en su nicho de la fachada, en reverso significativo del misterio eucarístico recién celebrado en su honor. Creen que esta visión no es menos admirable que los grandes milagros obrados, por su intercesión, en el Monasterio románico del siglo XI, dedicado a ella en Santa Marta de Tera, donde «los ciegos recobran la vista y oído los sordos, se curaban los tullidos y los mancos, adquirirían salud los enfermos y leprosos, y libertad los obsesos», según narran las crónicas de Alfonso VII en el año 1129.

No se ha encontrado su lápida funeraria, pero Santa Marta de Astúrica, Astórica o Astorga, fue oficialmente declarada la Patrona gloriosa de la ciudad en el año 1741.

El blanco grajo, que se había posado en la cabeza de la imagen exterior del templo, alzó desde allí su vuelo y se perdió en el cielo azul de la identidad asturicense.